

KAREN KINGSBURY

*S*



Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, Illinois

# *irvina*

UNA  
NOVELA



Visite la emocionante página de Tyndale en la red informática:  
www.tyndale.com

TYNDALE y la pluma del logotipo son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Título original: *Divine* (Tyndale, 2006)

*Divino*

© 2006 por Karen Kingsbury. Todos los derechos reservados.

Fotografía del rostro de una mujer © por Eric Robert/Corbis Sygma. Todos los derechos reservados.

Fotografía de un edificio © por Ingram Publishing/Alamy. Todos los derechos reservados.

Fotografías del Capitolio y del Monumento a Jefferson © por Digital Vision. Todos los derechos reservados

Diseño: Jennifer Lund

Edición del inglés: Lorie Popp

Traducción al español: Julio Vidal

Edición del español: José Luis Riverón

Versículos bíblicos sin otra indicación han sido tomados de *La Nueva Versión Internacional* de la Biblia, © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los sucesos descritos son imaginarios. Los escenarios y caracteres son ficticios y no intentan representar lugares específicos o personas vivientes o fallecidas. Cualquier semejanza es accidental y fuera de la intención de la autora o de la casa editorial.

---

#### Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Kingsbury, Karen.

[*Divine*. Spanish]

Divino / Karen Kingsbury.

p. cm.

ISBN-13: 978-1-4143-1129-6 (pbk.)

ISBN-10: 1-4143-1129-X (pbk.)

1. Washington (D.C.)—Fiction. I. Title.

PS3561.I4873D58 2006b

813'.54—dc22

2006011886

---

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

11 10 09 08 07 06

6 5 4 3 2 1




## Agradecimientos

Les traigo esta novela que Dios puso en mi corazón. No podría haber sido terminada sin haber tenido una gran ayuda. Por lo tanto, quiero agradecer a mis amigos de Tyndale House Publishers, especialmente a Karen Watson, quien asumió un nuevo papel de directora de ficción y me guió a través de lo que fue un proyecto intenso. También quiero agradecer a mis amigos de ventas y comercialización de Tyndale. Es un honor trabajar con ustedes.

Un gran agradecimiento a mi agente, Rick Christian, presidente de Alive Communications. Cada día que pasa me asombro más y más de tu integridad, talento y compromiso para llevarle a todo el mundo mi ficción transformadora de vidas. Rick, eres un hombre fuerte de Dios. Te preocupas por mi carrera como si fueses personalmente responsable por las almas que Dios toca a través de estos libros. Gracias por estar pendiente del tiempo que paso con mi esposo y mis hijos. No podría hacer esto sin ti.

Como siempre, no podría haber terminado este libro sin la ayuda de mi esposo e hijos, quienes son tan buenos que comen sándwiches de atún y quesadillas



cuando tengo que cumplir con una fecha de entrega y me traen platos de pollo al horno con vegetales cuando necesito la capacidad mental para escribir después de la medianoche. Gracias por comprender la a veces loca vida que llevo y por ser siempre mi más grande apoyo.

Un gran agradecimiento a mi único hermano, Dave, que me ayudó a investigar los diversos aspectos de Washington, D.C., en el comienzo de mi trabajo en este libro. El 1ro. de octubre de 2005, mientras yo estaba en la parte final de la edición de esta novela, Dave falleció inesperadamente mientras dormía. Tenía 39 años y se le extrañará muchísimo. Él había profundizado su fe en las semanas previas a su muerte y había hecho de la canción "I Can Only Imagine" (Sólo Puedo Imaginar) de MercyMe su favorita. Bien . . . ya no tienes que imaginar más, Dave. Te extrañamos, pero nos regocijamos al saber que estás seguro en Sus brazos.

Además, gracias a mi madre y asistente, Anne Kingsbury, por tener una gran sensibilidad y amor por mis lectores. Y a Katie Johnson, quien se encarga de una gran parte de mi vida. El toque personal que ustedes dos traen a mi ministerio es precioso e invaluable. . . . Gracias de todo corazón.

Gracias a mis amigos y familia que continúan rodeándome de amor, oración y apoyo, especialmente en este tiempo de pérdida. Por supuesto, mi mayor agradecimiento es para Dios Todopoderoso, el más maravilloso autor de todos, el Autor de la vida. El don es Tuyo. Oro para que pueda emplear esta increíble oportunidad y responsabilidad en Tu servicio todos los días de mi vida.




## *Nota de la Autora*

La historia y las Escrituras combinadas nos han dado muy pocos datos acerca de la verdadera María Magdalena, la mujer que tanto fascina a nuestra generación y a nuestra cultura. De hecho, aunque se cree ampliamente que María Magdalena era una prostituta, no hay una evidencia concreta que respalde esta noción. La idea de que María tuvo más que una profunda relación de discipulado con Jesús es absolutamente infundada. Peor aún, es el pensamiento popular que Jesús podría haber estado casado con María Magdalena. Esto, por supuesto, es absolutamente falso, una herejía según los principios de la Biblia.

¿Entonces quién era María Magdalena?

Las Escrituras nos dicen con toda seguridad que Jesús salvó a María de siete demonios (Lucas 8:2). No se nos dice qué fueron aquellos demonios. Pero una vez que ella fue libre, sabemos que María y unas pocas mujeres más estaban tan consagradas a Cristo que ayudaron a apoyar su ministerio con sus propios fondos (Lucas 8:13). En otras palabras, ellas eran esenciales para el ministerio de Cristo y para la divulgación de su mensaje.



También sabemos que María se quedó con Jesús hasta el final y que fue una de las mujeres al pie de la cruz, presenciando la muerte horrenda de su Salvador (Mateo 27:56; Marcos 15:40-41; Juan 19:25). Sabemos, además, que María Magdalena fue una de las mujeres que visitó el sepulcro ese soleado domingo en la mañana para ungir el cuerpo de Cristo con aceites (Marcos 16:1-9).

Quizás el relato más convincente de todos es el de Juan 20:1-18. En ese domingo de resurrección, cuando María y unas pocas mujeres encontraron vacía la tumba de Jesús, las otras volvieron a sus casas.

Todas menos María. Ella se quedó llorando sola, afuera del sepulcro vacío.

Debido a que escribo ficción emocional, esta parte de la historia de María es la que más me conmueve. En un tiempo, ella pertenecía completamente a las tinieblas. Jesús la salvó, como sólo Dios puede hacerlo, y ella se consagró a Él por el resto de sus días en la tierra. Consagró su tiempo y sus recursos financieros, le consagró todo su corazón. Cuando Jesús murió en la cruz, cuando su cuerpo fue —como lo supuso María— robado del sepulcro, ella sintió como si todo su mundo se hubiese destrozado.

Estaba devastada.

Jesús vio eso, de la manera que Él nos ve cuando estamos destrozados. Tuvo compasión de ella y le envió dos ángeles para consolarla. Ellos le preguntaron por qué estaba llorando. “Es que se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto —les respondió”.

Debe haber escuchado algo a sus espaldas porque se dio

vuelta y allí estaba Jesús de pie. La visión la conmocionó de tal manera que al principio no pudo reconocerlo. Pero cuando lo hizo, debe haber corrido hacia Él y debe haber tomado sus manos, o quizá trató de abrazarlo.

Aun entonces —en el que podría haber sido su más grande acto de amistad— Jesús es claro acerca de quién es Él y cuál es su propósito. Le dijo a María: "Suéltame, porque todavía no he vuelto al Padre. Ve más bien a mis hermanos y diles: 'Vuelvo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes'".

Básicamente le dijo: "No me abrases porque no se trata de nosotros. En cambio, ve y dile a los otros que estoy haciendo lo que dije que haría". No se equivoque. Jesús no estaba enojado con María. Le importaba tanto como para enviarle ángeles y aparecer primero ante ella, antes que presentarse ante todos los hombres poderosos a los que podría haber aparecido.

Más aún, tenía muy claro su papel en la vida de María. Él era su Señor, no su amante. Él era Su Padre, no simplemente su hermano.

Es aquí donde a muchos les cuesta, hoy en día, comprender la relación entre María y Cristo.

*Divino* es una parábola contemporánea de María Magdalena. Me he tomado algunas libertades, como hacen los novelistas, para encontrar los siete demonios de los que podría haber sido rescatada una persona como María Magdalena. En *Divino*, María Madison sufre todo tipo de maltratos, entre otros horrores. Hay secciones en este libro que —si bien no son gráficas— serán difíciles de leer, secciones que le harán un



nudo en el estómago por lo que sufrió esta María contemporánea.

Puede que usted no se identifique con una historia de maltrato, deslealtad o promiscuidad. Pero mientras el enemigo de nuestras almas exista, todos nosotros sufriremos algún tipo de arbitrariedad: Temor, duda, soledad, adicción, estilo de vida pecaminoso. Todos necesitamos ser rescatados por el único con poder para hacerlo.

Cristo Jesús, el divino.

Le traigo esta historia acerca de una María Magdalena actual por una razón:

La historia de María es nuestra historia.

Me veo a mí misma reflejada en María Magdalena y oro para que usted pueda verse a sí mismo también. Trastabillando y cayendo presa de los demonios y las tinieblas de este mundo, atrapados por nuestras propias debilidades y futilidad—hasta que conocemos a Jesús. Entonces, cuando Él nos rescata, tenemos la más increíble oportunidad de nuestra vida: Seguirlo por el resto de nuestros días, usando nuestras vidas y nuestros recursos para brindarle gloria y honor.

De la manera que lo hizo María Magdalena.



## Capítulo 1

El presentador se acercó al micrófono. "Y ahora", su voz adquirió un tono de importancia, "es un privilegio presentarles a María Madison".

El silencio cayó sobre el recinto de pasado ilustre, y el abarrotado grupo de senadores y legisladores dirigió su atención hacia ella.

María se puso de pie y con un ensayado encanto se encaminó al podio. Tenía treinta años, aunque había días en los que se sentía como si tuviera cien. Asió fuertemente sus notas con la mano izquierda y sintió una ráfaga familiar de paz sobrenatural. ¿Cuántas veces había hecho esto? El olor de los centenarios tomos y de la rica madera, el ruido de sus tacones sobre el piso de mármol, la caminata hacia el frente del suntuoso lugar; todo era familiar.





Un cortés aplauso resonó a través del recinto. Los más poderosos e influyentes de Washington D.C. la saludaban de manera sutil inclinando la cabeza a su paso. Algunos incluso sonreían. Después de cinco años de atestiguar en audiencias del senado, el mar de rostros le resultaba tan familiar como ella lo era para ellos. Era la voz de la fe y la razón, una mujer cuyas creencias y posición eran bien definidas y unilaterales. Pero le pidieron que viniera de todos modos. La buscaron y la escucharon por una razón.

Conocían su historia. Su horrendo pasado, su humillación pública. Los detalles eran algo de lo que todos ellos estaban conscientes. Cada senador en el recinto conocía el dolor que había sufrido. Cada uno de ellos tenía conciencia de su determinación y dinamismo, de la manera en que llevaba la frente bien alta y de cómo había terminado la universidad por sí misma, obteniendo nada menos que un doctorado en consejería familiar.

Era un ícono en D.C., un pilar. Podía haber tenido su propio programa de entrevistas en televisión o haber hecho una fortuna escribiendo libros y ejerciendo su profesión de manera independiente. Pero María pasaba sus días en el centro de la ciudad en uno de sus cinco albergues para mujeres maltratadas. Ellos lo llamaban servicio social. Era una sobreviviente, una luchadora. La élite de D.C. también sabía éso, y por ello les gustaba. Les gustaba lo suficiente como para escucharla cuando trataban un asunto que necesitaba de una opinión moral.

El asunto era la abstinencia.

A principios del mandato del actual presidente, un proyecto



de ley había sido sancionado aprobando la provisión de fondos federales por tres años para programas de abstinencia en las escuelas públicas. Ahora se cumplía el plazo y el dinero se estaba acabando. El objetivo de María era simple: Convencer a los senadores de que aprobaran los fondos federales para otros tres años.

"Buenos días".

María se aferró de los lados del podio y miró a los ojos a un grupo de senadores que estaba a unos tres metros de ella. Sus ojos se dirigieron hacia la parte trasera del recinto.

"Hace más de tres años, estuve de pie en este lugar y les persuadí de que era tiempo de cambiar". Hizo una pausa y encontró otro grupo cerca de las puertas de la izquierda.

"Ustedes llegaron a un acuerdo y le dieron a nuestros hijos un programa que alteró el panorama del embarazo de las adolescentes en todo el país". Su voz sonó con la sinceridad que fluía desde lo profundo de su alma.

"Hoy, estoy aquí porque la batalla recién ha comenzado y debemos —*debemos*— continuar brindándoles a nuestros niños la oportunidad de decir 'no'".

Si bien los dos primeros oradores habían criticado el programa de ser un velado adiestramiento religioso, los rostros delante de ella estaban atentos, listos para recibir cualquier cosa que les hubiese traído.

Echó un vistazo a sus notas. Las estadísticas eran impresionantes. Las enumeró a toda prisa en los cinco minutos subsiguientes. El embarazo en las adolescentes disminuyó en 40 por ciento. Ocho de cada diez estudiantes a los que se les ofreció el programa de abstinencia tomaron la decisión de esperar



hasta el matrimonio. Hubo un 28 por ciento menos de casos conocidos de enfermedades transmitidas sexualmente.

A continuación, María les contó a sus oyentes acerca de tres adolescentes, dos muchachas y un muchacho, de distintas partes del país. Todos ellos frecuentaban círculos donde la actividad sexual era algo obvio, y cada uno de ellos había tomado la decisión de esperar. El final de la historia concluyó con María leyendo una cita de Susana, una de las adolescentes: "Si alguien no me hubiera enseñado que estaba bien decir que no, nunca lo hubiera dicho. Hoy hubiese estado embarazada, enferma o me hubiese sentido usada. Quizá las tres cosas".

María se aferró al podio con más fuerza.

"Cuando una mujer entra en uno de mis albergues buscando ayuda, más del 90 por ciento de las veces se trata de una adolescente sexualmente activa. Las mujeres que practican la abstinencia son sanas en todo el sentido de la palabra. Lo mismo es cierto para los jóvenes. Cuando ellos toman la decisión de esperar, le dicen al mundo que son importantes, valiosos, especiales. Cada acción que lleven a cabo en el futuro estará en concordancia con esos sentimientos".

Hizo una pausa y le dio una mirada a unas pocas caras específicas alrededor del recinto.

"Por favor entiendan, señoras y señores del senado, el poder de ayudar a niños como Susana está enteramente en sus manos. Debemos —debemos absolutamente— continuar supliendo los fondos para este programa".

Acercándose más al micrófono, dijo: "Gracias".

Se llamó a receso, y durante los siguientes quince minutos María fue rodeada por senadores que le agradecían por haber



venido asintiendo con la cabeza y expresando su anuencia. Aun cuando un número significativo en el recinto se oponía claramente al programa, pues lo veían como una violación a la separación entre la iglesia y el estado, María se sintió bien por lo que había dicho.

Había hecho su parte. Dios haría el resto.

A continuación, la rodearon los miembros de los medios de comunicación, y les dijo la misma cosa: "La abstinencia es una causa digna por la cual luchar. Es la única manera en que podemos mirar a nuestros hijos a los ojos y decirles que estarán seguros. Seguros en cuerpo, mente y alma".

Diez minutos después de su última entrevista, estaba en su Toyota de cuatro puertas dirigiéndose al albergue de la calle S, uno de los más cercanos al Capitolio, donde tendría lugar su próxima cita en sólo media hora. Salió del estacionamiento, pasó el paisaje y el césped bien cortado, mantenido con cuidado, y se dirigió al oeste dejando atrás los edificios impresionantes y la detallada arquitectura.

La transición ocurrió a las pocas cuerdas. El exuberante césped verde se convirtió en veredas llenas de grietas y cunetas sucias, los jardines de rosas le cedieron el paso a los callejones llenos de basura, los edificios deslumbrantes al ladrillo viejo y a las inscripciones pintadas en las paredes. María misma se sintió relajada. Tenía una voz en ese mundo, pero se sentía más cómoda en éste. Más realizada. Especialmente hoy. Su cita era con una mujer que quería terminar con su vida, una mujer que escapaba con sus dos hijas jóvenes, huía de un novio abusivo y estaba convencida de que, a los treinta y tres años, la vida no tenía nada más para ofrecerle.



María apretó el volante del auto. *Dios, dame las palabras . . . de la manera que siempre lo has hecho.*

Mi gracia es suficiente para ti, hija. Las palabras pasaron suavemente a través de su corazón, llenas y abundantes, reconfortándola.

Un grupo de muchachos que parecían estar en los últimos años de la adolescencia estaba reunido cerca del semáforo siguiente. Tenían un aspecto tosco, con sus ajustadas camisetas blancas, cadenas de metal y tatuajes. Reconocieron a María, y dos de ellos sonrieron y la saludaron agitando sus manos. Ella los conocía. Asistían asiduamente al centro juvenil; otro proyecto para el cual ella había conseguido fondos.

—¡María . . . eh, María! —gritó uno de ellos.

El semáforo estaba en rojo, entonces bajó la ventanilla.

—Buen día, muchachos. ¿Se están portando bien?

—Por ti hacemos cualquier cosa, María.

Uno de los otros la saludó y ella sonrió. Una semana atrás, él le había dado buenas noticias. Asistiría al centro juvenil para tener estudios regulares de la Biblia. Otra vida salvada de las calles.

La luz del semáforo cambió y ella se despidió.

—Vengan a verme alguna vez.

—¡Lo haremos!

Volvió su atención al camino. El albergue de mujeres estaba a tres cuadras sobre la izquierda, en un viejo edificio de ladrillos de cinco pisos con apartamentos en todos los pisos menos en los dos primeros. El primer nivel estaba compuesto por una sala, una biblioteca, una cocina, junto con un servicio de guardería, varias oficinas privadas y salas de reunión. El



segundo tenía una sala de ejercicios, aulas y un área grande para reuniones de servicios religiosos.

María halló su lugar habitual en el estacionamiento y se dirigió hacia la puerta lateral. Amaba cada centímetro de este lugar. Este era el propósito de su vida, la razón por la cual Cristo la había rescatado. Entrecerró los ojos por el brillante sol de media mañana. *Señor, úsame en la vida de esta mujer. Dáale una razón para quedarse, una razón para volver. Una razón para vivir.*

Al entrar se detuvo en el escritorio de la recepción.

Leah Hamilton estaba trabajando en la computadora. Levantó la vista, curiosa.

—¿Cómo te fue?

—Muy bien.

María recogió una pila de correspondencia que estaba a su nombre.

—No votarán por algún tiempo. Pienso que suplirán los fondos otra vez.

Luego trató de ver a la vuelta de la esquina.

—¿Ya está aquí?

—Está dejando a las niñas en la guardería.

Leah tenía diecinueve años, una linda muchacha, por dentro y por fuera, era de los ricos enclaves del otro lado del río. Tres días a la semana tomaba clases de teatro y música, pero los otros dos era voluntaria ofreciendo su tiempo y energía para trabajar junto al equipo del albergue. Tenía una extraña manera de relacionarse con las mujeres, ayudándolas a sentirse seguras y atendidas desde el momento en que entraban al edificio.

Esa era siempre la parte más difícil, lograr que las mujeres





maltratadas salieran de una situación perjudicial y entraran en el refugio seguro del albergue.

—¿Cuál es su nombre?

—Emma Johnson. Tiene treinta y tres años y dos hijas pequeñas —Leah frunció el seño.

—Estoy preocupada por ella.

—Yo también.

María tomó la carpeta rotulada *Emma* de la esquina del escritorio. En su conversación telefónica inicial, una consejera del albergue había escrito en el archivo que Emma se había metido en drogas cuando era una adolescente, y ahora estaba magullada y golpeada por su novio. Aparte de eso, la consejera había notado que Emma tenía tendencia suicida.

“Me siento atrapada, como si estuviera en una prisión sin poder salir”, le había dicho a la consejera.

Esa era la parte que le llamó la atención a María. Atrapada en una prisión. Las palabras pudieron haber sido las suyas una vez, hace muchos años atrás. María suspiró. Decenas de mujeres maltratadas pasan a través de las puertas de los albergues de D.C. cada día. No podía reunirse con todas ellas, generalmente dejaba la tarea de consejería a su personal capacitado.

Pero esta. . . María puso la carpeta bajo su brazo e inclinó levemente la cabeza hacia la puerta que está al final del corredor.

—Estaré esperándola —le dijo sonriendo a Leah.

—Trae a Emma cuando esté lista.

Dentro de la pequeña habitación, María cerró la puerta y estudió el archivo de Emma nuevamente. De vez en cuando, Dios traía a alguien que necesita escuchar su historia. Su histo-



ria completa. Su historia de tremenda angustia, de pesar y finalmente, su historia de victoria.

Su historia de amor.

Sin haberla conocido, María estaba convencida de que Emma era una de esas mujeres.

Se puso de pie y fue hacia la ventana con vista a la calle S. El sol estaba pasando por detrás de una nube y un sentimiento de ansiedad la asediaba. En días como éste todo reaparecía, los horrores que la habían atrapado y amenazaban con consumirla. El temor y el engaño, el dolor y la adicción. La deslealtad, la promiscuidad y el deseo de terminar con su propia vida.

En los tiempos de la Biblia, la gente le hubiera dicho que estaba poseída por esos horrores. Son demonios, le habrían dicho. La gente de hoy día es renuente a usar esa palabra, pero cualquiera sea la expresión, el efecto es el mismo. Esclavitud y desamparo sin ninguna salida.

Hasta que conoció a Jesús.

Ya no era una esclava de sus siete demonios sino una sierva dispuesta, dedicada y agradecida al Maestro, decidida a que cada respiración suya fuese sólo para el propósito de Cristo. Su devoción era así de fuerte.

María miró hacia arriba y encontró un lugar más allá de la nube que pasaba. ¿Qué horrores enfrentó Emma Johnson? ¿De qué manera necesitaba ser rescatada?

De los labios de María salió un largo y tembloroso suspiro. Su trabajo era más fácil cuando se mantenía ocupada, cuando permanecía en el día de hoy, haciendo su recorrido normal entre las audiencias de los comités del senado y el ministerio en las calles del D.C. Pero, a veces, cuando la



situación lo justificaba, se permitía regresar a ese principio triste y lastimoso. Contar su historia era una manera de subrayar la verdad, una manera de asegurarse que el dolor que sufrió no había sido sin razón.

Tragó con dificultad y se apoyó en la base de la ventana. ¿Qué estaba pensando la gente en estos días? Jesús no fue meramente un buen maestro, y ciertamente no era sólo un hombre, de la manera en que el mundo ve a los hombres. Cristo Jesús no se había casado ni había tenido familia. Él vino a liberar a la gente. Punto. Y éso es justamente lo que Él había hecho en su vida. La gente no comprendía el poder de Jesús, no comprendía el verdadero poder.

Su trabajo era compartir su experiencia. Su trabajo era contarle a Emma Johnson. Jesús la había rescatado, la había salvado de los horrores que de otro modo la hubieran matado. Éso no era algo que un hombre normal podría haber hecho. No había sido rescatada por un simple mortal, de ninguna manera. Había sido la obra de un Dios todopoderoso.

María sintió que su ansiedad se calmaba. Le contaría a Emma cada pieza de su historia de manera que la mujer pudiese entender al Jesús verdadero, aquel a quien la gente, a menudo, no conoce. Su historia solamente era prueba de que Jesús era quien Él afirma ser. No solamente un buen maestro o un líder bondadoso, sino Dios hecho carne. Porque se necesita a Dios para redimir a alguien como María. A alguien como Emma Johnson. Dios Todopoderoso, Señor y Salvador. Totalmente hombre, sí. Pero más que éso:

Totalmente divino.



## *Preguntas para Considerar*

Use estas preguntas para la reflexión individual o para discutir las en un club de lectores u otro grupo pequeño. Ellas no sólo le ayudarán a comprender los temas de *Divino*, sino que también le ayudaran a incorporar algunos de los mensajes del libro a su propia vida.

1. Sabemos muy poco acerca de la real María Magdalena. Lo que sabemos seguro es que Jesús la rescató de siete demonios. Las Escrituras lo relatan dos veces. María Madison fue liberada también de siete ataduras: El miedo, la mentira, el dolor inflingido a sí misma, la deslealtad, la promiscuidad, los pensamientos suicidas. ¿Cómo podrían cualquiera de éstos arruinar la vida de una persona? Explique por qué estos problemas eran demasiado grandes como para que María los resolviera por sí misma.
  2. ¿Qué ataduras ha observado en su vida o en la vida de la gente que conoce? Dé un ejemplo de cómo Jesús le ha rescatado o ha rescatado a alguna de esas personas.
- 